8333

MARIANO D. BERRUETA

POR LOS SUELOS

COMEDIA

en un acto y en prosa, original

CONSECUENCIA Y COMENTARIOS DE LA CELEBRADA COMEDIA EN DOS ACTOS, DE **D. Jacinto Benavente**, TITULADA

POR LAS NUBES

Manuel Vigo.

Copyright, by Mariano D. Berrueta, 1909

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1909

Digitized by the Internet Archive
in 2010 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

http://www.archive.org/details/porlossueloscome00dom

POR LOS SUELOS

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de représentation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvege et la Hollande.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

POR LOS SUELOS

COMEDIA

en un acto y en prosa

ORIGINAL DE

MARIANO D. BERRUETA

CONSECUENCIA Y COMENTARIOS DE LA CELEBRADA COMEDIA EN DOS ACTOS, DE **D. Jacinto Benavente**, TITULADA

POR LAS NUBES

Estrenada en el TEATRO LARA el 20 de Abril de 1909

MADRID

R. Velasco, impresor, Marqués de Santa Ana, 11

Teléfono número 551

1909

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
DOÑA CARMEN	Sra. Rodríguez.
LUISA	Ortiz.
EMILIA	Srta. Bremón.
ADELAIDA	Alba.
RAMONA	Otero.
DON HILARIO	Sr. Rubio.
JULIO	Puga.
LUIS	Romea.
MANOLO	Barraycoa.
PEPE	R. de la Mata.
PACO GALÁN	Pérez-Indarte.
CRISTÓBAL	Mora.

Manuel Vigo.

ACTO UNICO

Comedor en casa de doña Carmen: se ve desde luego que la casa ha prosperado. Entre los muebles habrá algunos objetos americanos.

ESCENA PRIMERA

DOÑA CARMEN, arreglándose para salir de casa. Traje de mañana. LUISA ayudándola á vestir. LUIS está sentado fumando. Ambiente de bienestar

LUIS — Ya tengo yo deseos de abrazar á Julio, que conocer á un nuevo hermano, sin que la mamá nos lo traiga de París, hecho de encargo, es realmente el bello ideal de la fraternidad. Cuando yo era pequeño y me traían un hermanito le recibía de mala cara: presentía el reparto de los juguetes y de las caricias y además pensaba: ¿qué maña se traerá este de París? Aquella noche dormía mal: daba por entonces la casualidad de que mi madre estaba enferma y... yo no sé por qué... pero se me antojaba que aquel muñeco tenía la culpa de todo. A mí me sorprendía mucho que para ver cómo venía un encargo de París llamasen á un médico.

LUISA — ¡Qué filósofo eras de pequeño! Si lo llego á saber antes no me caso contigo. Ahora me explico que no te sea simpático Paco Ga-

lán que dice que todas las cosas se deben hacer con filosofía .. Claro... ¿Quién es tu enemigo?

LUIS No. Galán me fastidia pero es por otra cosa.. á mí de niño me molestaban los niños encargados á París, pero ahora me revientan los de Coria.

CAR. ¡Ay, hijos!... que cara de abuela voy teniendo. (Mirándose al espejo.) Si os parece dejad la conversación y vamos á tomar unas galletas y un poco de Jerez porque hoy nos desayunaremos tarde... El tren llega á las diez y ya vereis cómo son las doce cuando nos sentemos á la mesa... y mi Julio traerá unas ganas de hablar... ¡Pobre muchacho!... yo no he podido dormir pensando en que iba á abrazarle... ¡Dios mio!... ¡tres años sin verle! ¡tres eternidades!... Todo ese tiempo ha tardado en convencerse de que fuera de España no atan los perros con longanizas... sino como aquí y como en todas partes, con cuerda bien retorcida... Y menos mal que Julio no puede quejarse... en los tres años ha ahorrado cuatro mil duros... pero en fuerza de trabajar como un albañil... ¡Pobre hijo mío!... total para eso.

LUIS El toque estaría si trabajando en España no se ganase nada, y sin trabajar en América se hiciera un capital.

CAR. Ahora... según nos escribía... ya sabe ganarse la vida... dice que ha aprendido inglés y contabilidad y la partida doble... ¡y qué sé yo!... y sobre todo que ya es capaz de pasarse catorce horas trabajando...

LUIS Todo eso lo aprende también en España el que quiera aprenderlo. Total, según yo le he oido á usted, Julio no había hecho más, aquí en España, que coger una credencial que le proporcionaron las buenas relaciones de ustedes... su talento no había encontrado oportunidad para revelarse... ¿Cuáles fueron aquí sus luchas?... y sin luchar quería vencer... y como no vencía declaraba todo el mundo derrotado... consideraba España fra-

casada cuando el único fracasado era él... y lo que es peor... ¡fracasado sin fracasar siquiera!

LUISA Tiene razón Luis.

CAR. Sí, en el fondo es verdad... pero Julio trabajaba... sostenía la casa...

LUIS Sí... trabajaba... á modo español... sin trabajar mucho. Hubiera llegado á jefe de negociado. Es la historia de muchos y el consuelo de todos. Cuando estamos enfermos nos agrada que nos digan: en este país no se puede vivir, todos están enfermos, no se oye hablar más que de enfermedades... y no reparamos en que la falta de salud es nuestra y que en nada nos alivia saber que los demás no la tengan. País el nuestro de críticos sin contrata nos alienta como á los griegos de la decadencia, dar todo por perdido... decir, todo está por los suelos, sin reparar en que quien lo dice se dedica á recoger colillas, que ni ahora ni en tiempos de Carlos I han andado nunca por las nubes.

ESCENA II

DICHOS, RAMONA y DON HILARIO

RAM. (Desde la puerta anunciando.) Don Hilario. (Don Hilario saluda á todos los presentes.)

HIL. Buenos días... señora... Luisita... amigo mío. (Todos le reciben con afecto.) Vengo á dar á ustedes la enhorabuena por la vuelta de Julio; se salió usted con la suya doña Carmen, y usted, Luisita, tan buena ¿eh? y tan contenta, y usted, amigo don Luis, bien puede estar satisfecho, porque como esta chica se encuentran pocas... hacendosa, siempre tan calladita...

LUISA Muchas gracias, don Hilario, aunque eso de ser calladita habría que discutir si es una virtud...

HIL. ¿Quién lo duda? Miren ustedes, tengo yo

un amigo cuya esposa todo se lo habla ella: en cuanto le echa á uno la vista encima, ya se sabe. Muy buenos, don Hilario, ¿qué tal? bien, ¿verdad?... en casa todos bien... ¿no?... usted tendrá jaqueca con tanto como trabaja, ¿no es cierto?... y su señora estará algo constipada... adiós don Hilario... recuerdos, memorias, expresiones... ya, ya diré yo en mi casa que le he visto á usted tan bueno, tan amable... tan... ¡y ya ven ustedes!.. yo á todo esto no he podido decir que lo que me duele no es la cabeza sino los pies... y que soy viudo... y que mis hijos no están precisamente acatarrados porque no los tengo.

LUISA (Riendo.) Está eso bueno, don Hilario. Pero lo que yo quería decir es que la mujer que habla poco suele pensar demasiado... y hablar por dentro... y yo no sé si eso será bueno: de mí le diré á usted que el día que no hablo me duele la cabeza.

CAR. Pero el día que hablas nos duele á los demás.

LUIS Pido la palabra.

HIL. Ya iba siendo hora. Usted, amigo mío, es como esos diputados de las comisiones que hablan cuando á los ministros se les va acabando la saliva.

LUIS Iba á decir que va siendo hora de marchar á la estación.

CAR. (Con impaciencia.) Sí, sí, vamos.

LUISA Pero mamá, si hay tiempo de sobra... tomaremos las galletas y en seguida... (Saca del aparador una botella y una bandeja que tendrá pastas ó galletas.) Don Hilario... una pastita y una copa.

HIL. Muchas gracias. Acepto porque salí de casa muy temprano (Comiendo.) y á todo esto no hemos hablado de Julio, que vuelve como el hijo pródigo, y la casa se engalana para recibirle... ¿cuánto tiempo hace que marchó?... puede que ya se hayan cumplido los tres años...

CAR. Y dos meses, hizo el domingo pasado.

HIL. Caramba, y que bien lleva usted la cuenta. No suelen ustedes las señoras llevarla tan bien... ¿verdad, Luisita? (Con marcada intención.)

LUISA (Sonriendo y mirando á Luis con cierto rubor alegre.) Don Hilario, por favor, no me crea usted tan tonta...

LUIS La última carta de Julio espresaba su deseo vehemente, ¡cómo es todo en él!, de venir, de llegar, de buscar problemas... ¡tal vez dramas!.. yo no sé cómo hay hombres así: parece que ven la vida á través de unos lentes ahumados. Yo nunca he sido así; para mí el vivir fué siempre labor que se hace con la mano izquierda. Mi padre me educó tan sabiamente que todo lo he encontrado resuelto: aprendí matemáticas, que dan asiento y vigor al espíritu, y nos enseñan á mirar en todo un solo problema que se resuelve por reglas estudiadas. Hice mi carrera de Ciencias, supe á los veinte años ganarme la vida, y sin creer por ello que ya lo sabía todo estuve en una fábrica y aprendí á ser mecánico... y ustedes lo saben... con una cosilla que no vale nada, pero que descubrí á fuerza de labor y paciencia, con una ligera modificación en los tornillos y resortes de las máquinas registradoras, he hecho mi dinero. Y con dinero á tiempo no he visto el mundo negro y tenebroso, ni sé lo que son recomendaciones ni cesantías. ¡Ni tengo miedo á la pobreza!... ¿Que no hay nadie que quiera aprender matematicas?... Bueno .. pero no faltará nunca quien necesite unos tornillos.

CAR Sí, hijo, sí; todo eso es fruto de una buena dirección... pero, ya ves tú, ¿qué iba yo hacer de mi hijo?... viuda... sin saber más que quererlo mucho y sin desear otra cosa que tenerlo junto á mí... ¡pobre hijo mío!... y pensar que está ya tan cerca de casa... que no volverá á emigrar... y todo gracias á don Hilario, que le recomendó... que por lo visto también en América persigue á la gente la recomendación.

LUISA Es verdad. Que á don Hilario se lo debe todo Julio.

HIL. Sí, señora, sí... yo tuve algo de culpa, pero estoy arrepentido. Eso de la emigración, en busca de aventuras, se parece mucho á una observación, que en esta casa, he repetido yo varias veces: al llegar á un pueblo sin higiene, sin urbanización... sin nada y ver los hombres sanos y robustos, se forma en nuestra mente la ilusión de que allí no enferma ni se muere nadie: cuando es lo cierto que sólo logran vivir sanos aquellos raros ejemplares que nosotros vemos y que serían capaces de respirar en el vacío. ¿Quién repara en los que cayeron?... Pues eso mismo sucede con los que emigran: las gentes se dejan alucinar por los adinerados mercaderes que han ido á América porque sus facultades de absorción no encontraban campo bastante en un país de dieciocho millones de almas... pero, doña Carmen, ¿quién será capaz de calcular el número de los que han muerto antes de tiempo, de los que se han acabado de arruinar, de las víctimas, en fin, de una equivocación... ó de un engaño? Y vean ustedes como en una enfermedad cualquiera, en que se salva el dos por ciento, es más facil ser de los noventa y ocho que caen que de la parejita afortunada que se salva. También hay que notar que, por no sé qué misterios de la Física, noventa y ocho que se ahogan producen menos alboroto que dos que tosen algo fuerte.

ESCENA III

DICHOS y RAMONA

RAM. Señora, el coche está esperando.

CAR. Sí, vamos, vamos. Pero tú arregla bien el cuarto del señorito Julio, y la comida... ya sabes cómo le gustan al señorito las cosas. (Vase Ramona.)

LUISA Sí, vamos, vamos.

HIL. No; usted, Luisita, debe quedarse en casa... el traqueteo del coche la podría perjudicar, Y yo me ofrezco á acompañarla hasta que ustedes vuelvan. En esto de los viajes (Con intención.) hay que tener cuidado con no anticipar la llegada... de los trenes.

LUIS Tiene razón don Hilario: te quedas acompañada de un médico... podemos ir tranquilos.

LUISA Tenía tanta ilusión por ir á esperarle... pero, en fin, me sacrificaré... perdón, don Hilario, no es sacrificio para mí quedar en tan buena compañía.

HIL. No hay más que hablar. Doña Carmen, que abrace usted en mi nombre á Julio.

LUISA Sí, y muchos abrazos en el mío.

LUIS Vamos... que ya se hace tarde.

CAR. (Saliendo.) Adiós, adiós todos.

HIL. Hasta luego.

LUISA Que no tardéis.

HIL A esperar al viajero.

LUIS O... á... recoger el náufrago.

ESCENA IV

LUISA y DON HILARIO

LUISA Usted no se enfadará si yo, al mismo tiempo que hablamos, trabajo en unas cosillas... (Coge una cesta de costura que contiene ropas de niño.)

HIL. No, Luisa, no me enfado... es más... estoy convencido de que la aguja es el complemento de la lengua de las señoras.. ¿y qué es eso?.. ¡ah! tonto de mí... que ropita tan primorosa... ¿qué le va usted á poner color de rosa ó lazos azules?

LUISA (Sonriendo.) Yo quisiera lazos azules, pero Luis se empeña en verlo todo, como siempre, de color de rosa, y no habrá más remedio que complacerle.

HIL. Le advierto á usted, Luisa, que esas ropitas

tan monas deben ser estudiadas, no solo en el aspecto de la monería, sino también en el de la higiene. En esto, como en todo, somos poco prácticos: usted sabe tocar el piano, hacer bolillos, traducir del francés; sólo la hace falta aprender á cuidar un niño, á no mirarlo como un muñeco, á darle con la vida el vigor para vivir.

LUISA ¿Pero, qué quiere usted, que en los colegios elegantes hubiera una sección de nodrizas y una clase de práctica de biberón?

ESCENA V

DICHOS y MANOLO

Desde el fondo se oye la voz de Manolo que dice:

MAN. ¿Ha venido ya el emigrante? (Sale Manolo en traje de calle.) Buenos días, primita. Don Hilario, ¿cómo está usted? ¿Y cómo está usted aquí?.. ¿hay algún enfermo?

HIL. (Saludando.) Amigo Manolo, he venido á lo mismo que usted, á ver al forastero... que ya debe estar llegando... ¿Y Paca?... ¿y los niños?

LUISA Siéntate y cuéntanos como están en tu casa.

MAN. ¿Por orden alfabético ó por orden cronológico?

LUISA Por orden mía.

MAN. Que se obedece siempre. Paca bien... bien... como tú .. luego bajará: ha quedado riñendo con la criada.

HIL. Eso es señal de que está bien de la garganta.

MAN. Sí, señor, afortunadamente. Los chicos, los siete chicos que actualmente tenemos... Paquito, Manolito, Carmencita, Luisita, Julito. . (Hace como que no recuerda.) sí, sí, Paquito, Manolito, Luisito... ¡ah! ya me acuerdo, los que me faltaba decir son los gemelos, que yo no los distingo bien ¡son tan gemelos! Ahora vienen por parejas... ¡si vinieran así las nóminas!

HIL. No es extraño que teniendo tantos no los recuerde usted.

MAN. Demasiados, demasiados.

LUISA ¡Qué exagerado eres... como si nadie tuviese siete chicos más que tú!

MAN. ¿Te parecen pocos?... ¡Uno cada año!... Pues, ¡ni que fuese yo un rey para permitirme esos lujos!

HIL. ¡Qué desdicha!... ¡el amor estéril!... esa ruina de todo, pobreza de todo, miseria de alma y cuerpo, va resultando un ideal: la fecundidad reglamentada, de corte francés, barbarie vestida de figurín elegante... ¡un ejemplo envidiable!... Es un progreso sencillamente criminal. (Cambia de tono.) Me parece, Luisita, que no he olvidado mi costumbre de sermonear.

MAN. No, no tenga usted miedo, que en España no peligra la ley de reclutamiento por falta de voluntarios (Se registra los bolsillos de la americana buscando algo que no encuentra.) Caramba, me he olvidado de la petaca... como estamos á fin de mes... digo... como tengo tantas cosas en la cabeza...

HIL. (Saca la petaca.) Tome usted. Coja usted. (Manolo coge un cigarro.) Coja usted más.

MAN. Gracias. Cogeré siete en recuerdo de mis siete hijos. Digo, no; no acepto más que cinco, ó si no tres, ó ninguno... ¿si los necesita usted?

HIL. No, no; tome usted los que quiera.

MAN. No; en último caso, ¡con no fumar!...

ESCENA VI

DICHOS, JULIO, DOÑA CARMEN, RAMONA y LUIS

Se oye llamar y á poco voces y algazara en el pasillo. Luisa, don Hilario y Manolo se levantan vivamente dirigiéndose á la puerta y, al llegar á esta, se encuentran con los que vienen. Julio y Luisa se abrazan

JULIO ¡Luisa!

LUISA ¡Julio!

CAR. Ya le tenemos aquí, ya está con nosotros.

JULIO ¡Don Hilario! (Abrazándole.—Dirigiéndose á Manolo.) ¡Dichosos los ojos que os vuelven á ver!

MAN. Chico, pareces el tenor de *Marina*. (Se abrazan.)

JULIO ¿Y tu mujer? ¿y tus chicos? ¿cuántos? (Volviendo á abrazar á don Hilario.)

HIL. Venga un abrazo.

JULIO Con el alma y la vida. A usted lo debo todo.

MAN. Yo todo no, pero la mitad creo que sí.

JULIO (A Ramona.) Hola, Ramona. ¿Todavía estás en casa?

LUISA Pues ¿qué te habías creído, que aquí mudamos tanto de criadas como en casa de Manolo?

MAN. Sí, en mi casa, duran... lo que dura una persona sin comer.

HIL. Eso varía según los temperamentos.

LUIS (A Luisa.) ¿Ves lo que yo te decía? Le hemos encontrado á la salida de la estación.

LUISA (Con intención.) Todo no.

HIL. Bien, Julio, bien. ¡Cuánto tendrá que contarnos! Porque unas cosas son las cartas y otra...

JULIO Sí, es muy largo de contar. Poco á poco irá saliendo todo. Luisita es la que está cambiada... muy guapa... muy risueña. Mi madre igual. (Abrazándola.)

CAR. Muy vieja y muy achacosa. Puedo asegurarte que en tres años no he dormido á gusto una sola noche... pero dinos algo de allá, que don Hilario te preguntaba.

LUISA ¿Y de mi elección? (Señalando á Luis.) ¿No me dices nada?

JULIO Muy bien. Un hermano muy bueno, muy inteligente...y sobre todo que te quiere mucho.

LUIS Y á tí .. por afinidad.

JULIO Gracias, muchas gracias. Pues, amigo don Hilario, en la Argentina y en el Japón sin recomendaciones no se hace nada. Yo creía que las recomendaciones no eran producto de exportación, sobre todo desde que se suprimió el Ministerio de Ultramar. Allí me hubiera muerto de hambre si no es por su

amigo de usted, que me presentó en todas partes y me colocó en cuanto llegué.

HIL. Sí, es buen amigo mío.

CAR. No sabe usted cuánto le agradezco lo que ha hecho por mi hijo.

JULIO Pues bien; allí he vivido los tres años trabajando catorce horas detrás de una taquilla, haciendo cuentas, escribiendo cartas comerciales... ¡prosa vil!.. domando este cuerpo antes perezoso y haciéndome hombre, porque el trabajo hace renacer.

MAN. Pero, chico, si aquí hubieras trabajado catorce horas te habrías hecho rico. Yo creía que en América no hacía falta trabajar.

LUIS ¡Qué ocurrencia!.. Tú confundes Buenos Aires con Jauja. Estás poco fuerte en geografía.

MAN. Sí, estoy débil... en todo.

JULIO ¿Quieren ustedes hacer el favor de dejarme hablar? He vivido, he ahorrado algo, he aprendido á trabajar. Lo que hay es que á América se necesita llevar algo; el que tenga en la cabeza una idea grande, el que sepa bien un mecanismo nuevo, el que posea un arte, un invento, una fuerza inicial, hará bien en emigrar; allí hay más campo, no más campo, campo menos extenuado... El sol alumbra allí una tierra en que la germinación es casi un ensayo. Pero hace falta la semilla. El que no lleva nada, el que aquí está derrotado lo estará allí también... y quien, como yo, no sabía luchar, podría haber aprendido sin ir tan lejos.

CAR. ¡Ay, hijo mío, qué amarga me ha resultado la lección! Pero, cuéntanos, que yo apenas me he enterado de eso de Bilbao.

JULIO Ah, sí... que en el barco en que yo regresaba venía también un minero de Bilbao, á quien allá me presentaron... me presentó el amigo de usted... (A don Hilario.) hicimos amistad... me habló de sus negocios.. le hablé yo de los míos... y me ha nombrado su representante en Madrid, y ello me dará dinero.

MAN. De modo que tú has llegado á Bilbao pasando por la Argentina.,. ¡Esto sí que es geografía modernista!

LUIS Lo que resulta es que Julio ha encontrado un español, que con negocio español, le ha resuelto el problema. Es triste que, como dice Manolo... Reclus, hayas tenido que dar tantos rodeos.

LUISA ¿Y no preguntas por Emilia, Julio?

JULIO ¡Ah, Emilia! (Una pausa.) Ya he hablado con mamá en la estación .. ya hablaré contigo... y ¡ya hablaré con ella!

MAN. No te lo aconsejo... hablar con ella... ¡ay!... por ahí empecé yo.

HIL. (Levantándose.) Yo me retiro. Ustedes tienen que hablar y descansar.

CAR. Usted es como de la familia.

HIL. Gracias, señora. Bien venido, Julio... otro abrazo. Adiós, doña Carmen... enhorabuena. Luisita, cuidarse mucho... Amigo Luis... conque lacitos rosa, ¿eh?... Adiós, Manolo.

CAR. (Desde la puerta.) Vaya usted con Dios, don Hilario.

MAN. Yo también me voy á ver qué es de mi gente; no ha bajado Paca y es señal de que la riña con la criada no ha tenido buen fin... tendré yo que servir la mesa. Hasta luego todos; Julio, bien venido.

JULIO Hasta luego.

LUISA No dejéis de bajar á la noche.

ESCENA VII

DOÑA CARMEN, LUISA, RAMONA, LUIS, JULIO

RAM. (Entrando con un servicio de café.) Aquí está el desayuno.

CAR Ea... á la mesa. (Sentándose.)

JULIO ¡Cuánto tiempo que no nos veíamos así juntos!

LUIS ¿Has estado bien, Luisa?

LUISA Sí, hijo, y estoy muy contenta con que haya venido Julio... ¡el padrino!

JULIO ¿El padrino?... ¡Ah, sí... vamos!... Oye, Luisa, ¿cuándo has visto á Emilia?

LUISA Está bien. Hace dos días... pobrecilla... algo estropeada, pero se ya reponiendo... si vieras qué mala se quedó cuando se murió su madre: ya te lo escribimos...

JULIO No sabes lo que pensé en ella. Puede decirse que la he tenido siempre en el pensamiento... en esos días de tranquila calma; en esos días largos, con el mar eterno delante y arriba un cielo que parece otro mar... el mismo mar... era ella para mí como el faro del corazón.

LUISA Me alegro de oirte hablar así.

JULIO ¡Pobre Emilia! ¡No sé si es amor ó compasión... ó remordimiento lo que me inspira!

ESCENA VIII

DICHOS, ADELAIDA, GALÁN CRISTÓBAL

CRIS. (Al levantarse los que estaban, dice:) No se molesten ustedes, sigan, sigan... somos de confianza...

ADEL. No tengan ustedes prisa... no acelerarse. Ya nos sentaremos.

GALÁN Conque ya está aquí el forastero...

JULIO (Saludándoles.) Y muy contento de ver á ustedes.

CAR. Siéntense ustedes.

ADEL. Vamos á estar poco... ¿verdad, Galán?

GALÁN Sí, muy poco.

JULIO (Sentándose.) Usted tan buena, Adelaida... y el amigo Galán tan amable, ¿eh? (Galán en este momento ha puesto una silla para que se siente Adelaida y la ha recogido el abrigo.)

ADEL. (Mirando á Galán.) Como siempre, sí señor.

CRIS. Usted está lo mismo que cuando marchó.

JULIO Sí, lo mismo que antes.

ADEL. ¿Y qué hay por la Argentina?

JULIO Pues... argentinos, ¿no se dice así?

ADEL. (Sonriendo.) Sí, eso ya lo suponía yo... y Galán también, ¿verdad, Galán?

GALÁN Verdad. (Mirando á Adelaida.)

ADEL. Yo creí que ya vendría usted casado.

JULIO ¡Si no he estado allí nada más que tres años!... ¿Y ustedes por lo que veo no se han casado todavía?

ADEL. No... todavía no.

GALÁN Todavía no...

JULIO Cuando yo marché le faltaban á Galán cuatro años para ascender... de manera que al año que viene tendremos boda...

ADEL. ¡Quiá!... ni mucho menos... dentro de otros cuatro años... no tenemos prisa.

GALÁN Vera usted, Julio. Nuestro propósito, nuestro deseo... el mío... (Mirando á Adelaida.)

ADEL. El de todos...

GALÁN El deseo de todos era que nos casáramos cuando usted dice... el año próximo.. pero ha ocurrido un incidente...

LUIS ¿Amoroso?

ADEL. ¡Ay, no!... estamos bien probados.

GALÁN Un incidente en el escalafón. El ministro, un ministro que no entiende nada de los asuntos de su departamento...

JULIO ¡Cosa más rara!

ADEL. Aquí hacen ministro á cualquiera. Esos señores sirven para todo, lo mismo les da ir á Fomento que á Gobernación... que caer en Hacienda...

LUIS O caer en Gracia...

JULIO Eso es lo menos frecuente.

CAR. Pero no dejan ustedes á Galán concluir el parrafito.

ADEL. Nosotros no tenemos prisa para nada, ¿verdad, Galán?

GALÁN Para nada... Pues iba diciendo que á mi ministro se le ocurrió hacer la fusión de dos cuerpos, de dos escalafones... y una vez refundidos ambos en un solo escalafón resultó que me han colocado delante cincuenta y cuatro caballeros... ¡y jóvenes todos!

JULIO Claro... y después de tanta fusión se ha quedado usted solidificado... ¿Sabe usted lo que le digo? que el ministro no sabrá otra cosa... ¿pero lo que es Física?

CRIS. (Levantándose.) Nosotros con el permiso de ustedes nos retiramos.

ADEL. Sí... que ustedes ahora en estos primeros momentos querrán estar solos.

CAR. No se vayan ustedes tan pronto.

ADEL. Vamos á casa... poquito á poco. (Se despiden.)

CRIS. Bien venido y hasta otro rato.

GALÁN Adiós, bien venido.

ADEL. (Desde la puerta.) Ya vendremos... con más calma. (Salen.)

ESCENA IX

DOÑA CARMEN, LUISA, LUIS, JULIO

(Ramona quitando el servicio de café y arreglando la mesa.)

CAR. Gracias á Dios. Ya estamos todos juntos otra vez.

LUIS Y gracias á Dios que estamos solos.

CAR. ¡Cuántas lágrimas!... otro mar tan amargo como el que tú has pasado... ¡Cuánto dolor cabe en el corazón de una madre, y cuánta alegría también!

JULIO Me parece imposible verme aquí. Esta es mi casa, mi silla... mi mesa .. ¡mi vida!... Aquí ¿te acuerdas, mamá? me diste el abrazo de despedida, abrazo que me ha oprimido el pecho durante tres años largos como siglos... (Levantándose rápidamente.) Voy á ver mi cuarto, mis cosas .. Venid conmigo.

CAR. Todo lo encontrarás como lo dejaste.

LUISA Yo misma lo he cuidado.

JULIO ¡Qué buenas sois! (Vanse.)

ESCENA X

RAMONA, luego PEPE

(Ramona tarareando «Canta, canta vagabundo)

RAM. ¿Quién llamará? (Sale á abrir la puerta y vuelve á entrar.) Entre usted, señorito Pepe.

PEPE ¡Hola, Ramona!

RAM. (Acercándose á él como esperando algo.) ¿Cómo está usted, señorito?... ¿y su familia?

PEPE (Retirándose.) Bien, todos bien.

RAM. ¿Está usted enfermo... parece que le encuentro á usted algo triste?

PEPE ¿Por qué dices eso?

RAM. Porque... ¡qué sé yo!... antes era usted... así .. más cariñoso.

PEPE ¡Ah, vamos!... Es que ya he perdido la afición al arroz. Anda, avisa á los señoritos. (Vase Ramona.)

ESCENA XI

DICHOS y DOÑA CARMEN

CAR. ¡Hola, Pepe! ¿Usted por aquí? ¡Tanto tiempo sin verle! ¿Y su mujer? ¿Y sus hijos? Estarán tan buenos.

PEPE Sí, señora .. demasiado buenos.

CAR. ¿Por qué dice usted...? De seguro que no les suprimirá usted el postre... siempre me acordaré de aquello que usted nos refirió... cuando se les murió á ustedes el hermanito y al reaparecer en la mesa el postre suprimido durante la enfermedad creían ustedes comerse al pobre niño.

PEPE ¡Ah.. no señora! Ahora, como siempre, á quien se comen los niños por un pié es al papá. ¿Y Julio?... No me agradezcan ustedes la visita...

CAR. (A Ramona.) Llame á los señoritos.

PEPE Pues he venido á Madrid á un Congreso agrícola... de esos congresos inventados con cierta habilidad para resolver el problema hidráulico... el problema del trigo... el problema de la Dirección general y... ¡qué sé yo los problemas que estamos resolviendo ahora!... lo único que no hay allí son agricultores.

ESCENA XII

DICHOS, JULIO y LUIS

JULIO (Abrazando á Pepe.) Amigo del alma.

PEPE (Idem.) Querido Julio... Y estás bueno... más gordo... más basto... más americano. (Saludando á Luis.) Servidor de usted.

CAR. Usted no conocía á Luis, mi nuevo hijo.

PEPE Tanto gusto. (Se dan la mano.)

CAR. (Presentando Luis á Pepe.) Un buen amigo nuestro.

LUIS Celebro tanto...

JULIO Chico... pareces un montaraz...seguirás como siempre... tan alegre... ¿Y tu mujer? ¿Cuántos chicos tienes?... Cuéntanos...

CAR. Sí, díganos usted...

PEPE Diré todo lo que ustedes quieran... Yo tengo para todos, no sólo para las niñas, el pecho de cristal.

JULIO Esa fué siempre su debilidad.

PEPE ¿Y Luisa?

CAR. Está arreglando las cosas que ha traído Julio... Anda delicaducha.

PEPE ¿Sigue delicada?

CAR. No; no es que esté enferma... sino que tiene antojos.

PEPE ¡Ah, vamos! En mi casa vivimos siempre en un antojo continuo.

JULIO Pero, ¿qué es de tu vida? ¿te has hecho agricultor? ¿eres alcalde? ¿cuál es tu política?

PEPE No, chico, soy sólo labrador... con principios; como las casas de á cuatro pesetas.

JULIO ¿Y no te gusta el campo?

PEPE El campo... sí; es bueno para pasar en él quince días cuando no se está preparado, como no lo estaba yo, para hacer vida campestre. Allí las gentes parecen entristecidas. agriadas, con la áspera tierra cada vez más agotada... y la tierra no ve más que caras hoscas, de mirar amargo..

JULIO Por eso te decía yo hace tiempo que al campo lo que le hace falta no son manos callosas que lo cultiven, que lo desgarren sino manos blancas que lo acaricien...

PEPE Sí, sí... manos blancas, idílicos labriegos, como los pastores de égloga, Salicios, Nemorosos, mujeres y poetas... ¡qué bonito! ¡qué campo tan hermoso! ¡qué libro tan precioso podría hacerse con ese tema! Pero, francamente, lo que le hace falta al campo es.. lo mismo que á mí: ¡dinero!... ¡*blancas*! como llamaban antiguamente á las monedas.

LUIS Tiene usted razón. Cuando haya dinero en el campo allí irán los poetas... y los idilios.

PEPE Ademas, ya saben ustedes lo que yo era en Madrid; mandarme á mí al pueblo fué, como vulgarmente se dice, mandarme á paseo, ó mejor, á comer á costa de mi tío... Al pronto me entraron deseos de ser útil, de acariciar al campo con mis blancas manos, pero con mis caricias el campo hubiera perecido y la hacienda de mi tío también. Tenado me he sentido muchas veces á decir como el personaje de la comedia: «A Madrid me vuelvo». Esto es malo... pero aquello, al menos para mí, es peor.

CAR. Pero, Pepe, si usted habla así del campo, ¿qué intereses viene usted á defender en el Congreso de Agricultura?

PEPE Pues... los intereses de mi tío.

CAR. De manera que si no se puede ir á América porque ya ve usted que no se adelanta nada, y ahora nos dice usted que al campo tampoco... ¿qué vamos á hacer?

LUIS Pues ya lo dice el refrán: «Zapatero á tus zapatos»; que cada cual procure mejorar en lo suyo, en lo que le es propio, para lo que está adaptado, sin meterse á emprender labor para la que no ha hecho preparación.

PEPE Muy bien... ese es mi tema... pero á todo esto ya es la hora de ir á la sesión de mi Congreso. (A Julio.) Ya me contarás despacio cosas de tu viaje... Ahora voy á oir á un señor que siempre dice lo mismo: (Declamando.)

El abono, señores, es una necesidad para las plantas.

LUIS — Y para los teatros. (Se ríen. Pepe se despide y vase.)

ESCENA XIII

DOÑA CARMEN, LUIS y JULIO

CAR. — ¡Qué buen muchacho y qué alegre ha sido siempre!

JULIO — Como unas castañuelas... y si no que se lo pregunten á Ramona... y á su mujer.

LUIS — Sí, es verdad... pero, ¿y Luisa? ¿por dónde anda? ¡Luisa! (Sale.)

ESCENA XIV

DOÑA CARMEN y JULIO

JULIO — (Mirando alrededor.) Oye, mamá, ¿cómo está aquí este retrato?

CAR. — Cuando Emilia, á la muerte de su madre, tuvo que deshacer la casa, no quise yo que el retrato de su padre fuese rodando por las prenderías...

JULIO — ¿Y se lo compraste? ¡Qué buena eres!

CAR. — No fué, en rigor, compra, fué para guardárselo aquí.

JULIO — Sí, sí... en el naufragio se procura salvar la bandera... de modo que con la muerte de doña Teresa...

CAR. — La enfermedad agotó todos los recursos .. ya ves, de su naufragio tan sólo queda esto. (Por el retrato.)

JULIO — Oh... si ella hubiera querido seguir mi suerte... (Ramona entrando.)

RAM. — La señorita Emilia.

JULIO — ¡Ella aquí!... ¡cuánto lo deseaba... y cuánto temo verla!

CAR. — ¿Temer?... ¿por qué?

ESCENA XV

DICHOS, EMILIA y DON HILARIO

Emilia al ver á Julio, se sorprende instintivamente y retrocede. Doña Carmen se acerca á ella y Emilia la abraza llorando

HIL. Aquí estoy otra vez. En la escalera he encontrado á Emilia... que ignoraba el regreso de Julio... parece que esto estaba preparado como en las comedias. ¿Verdad? (Mirando á doña Carmen y Emilia.) Es natural... una emoción fuerte.

JULIO (A Emilia, que se habrá separado ya de doña Carmen.) ¡Emilia!...

EMILIA Venía á ver á su mamá y á Luisita... y...

JULIO Y me encuentras aquí.

HIL. (A doña Carmen.) ¿No le parece á usted que debiéramos entrar al cuarto de Luisita?

CAR. Tiene usted razón, don Hilario, vamos allá.

HIL. (Al salir.) Figúrese usted lo que tendrán que decirse después de tres años.

EMILIA (Queriendo salir.) Yo también.

JULIO (Deteniéndola.) No, Emilia, tenemos que hablar ¡he deseado tanto este momento!

ESCENA XVI

JULIO y EMILIA

EMILIA ¿Para qué quieres que hablemos?... «No me esperes», me dijiste en esta misma casa... Déjame solo... Cumplo tus órdenes... y te dejo. (Hace ademán de salir.)

JULIO No, Emilia, óyeme. La vida es una constante rectificación. Yo no soy el mismo, mis ideas han cambiado. Durante estos tres años de ausencia he pensado mucho y ahora te digo que fuí injusto..

EMILIA No; fuiste... otra cosa... fuiste... egoista...

JULIO ¡Emilia!...

EMILIA Si pensaste en tí más que en los otros: buscabas lo que creías tu bien y no te cuidaste del bien de los demás de los que te querían... hasta el sacrificio.

JULIO El sacrificio de que me siguieses te pedí yo... no te lo hecho en cara: tuviste quizás razón... pero entre tu madre y yo preferiste á tu madre...

EMILIA Cumplí con un deber sagrado.

JULIO ¿No dejaba yo la mía?

EMILIA Yo no juzgo lo que tú hiciste; hablo solo de lo que yo hice entonces. Mi madre no tenía á nadie en el mundo más que á su hija; ella fué siempre para mí ternura, sacrificio, abnegación. El primer dolor que yo padecí tú me lo causaste: ignoraba lo que eran penas porque mi madre las había guardado todas para sí. Tú, recuérdalo, me proponías que la abandonase.

JULIO Yo hubiera querido que sobre todo hubieras puesto nuestro amor.

EMILIA ¡Extraño amor el tuyo! Buscabas por esposa á una mala hija.

JULIO Eres cruel.

EMILIA No: soy sincera. Cuando mi madre enfermó, cuando murió entre mis brazos; en medio de las angustias de mi dolor, sentí un gran consuelo. Si yo—pensaba—cediendo á un amor grande, pero egoista, me hubiese apartado de mi madre, ¿quien la hubiese rodeado de cuidados durante su larga enfermedad? ¿qué manos mercenarias hubieran cerrado sus ojos?

JULIO Es verdad.

EMILIA ¿Comprendes al cabo que mi deber estaba aquí...?

JULIO Comprendo sí que eres muy buena; comprendo que por encima de nuestra felicidad está la felicidad de los seres que amamos; veo ahora claro que después de Dios en la escala de la gratitud no hay nada antes que una madre; veo también que la que fué mo

delo de hijas será esposa ejemplar. Hiciste bien resistiendo á mis ruegos... ¿Me perdonas ahora?

EMILIA Hay heridas, Julio, que tardan mucho tiempo en cicatrizar.

JULIO ¿Más de tres años?

EMILIA Sí... más de tres años.

JULIO Del mal que te causé ya te he pedido perdón.

EMILIA Bien se ve que olvida más pronto el agravio el ofensor que el ofendido.

JULIO ¿Cuál es esa ofensa tan grande?

EMILIA Era mejor que no tuviera yo que recordártelo... Sin embargo... puesto que es preciso... te hablaba yo de que no era necesario emigrar para vivir felices... te dije que aquí tendrías otro empleo... ¿no te acuerdas ya?...

JULIO Yo te contestaría que aquí todo estaba por las nubes...

EMILIA No... fué eso... Te decía... que... con nuestras buenas relaciones... podíamos vivir... que conseguiríamos prosperar.

JULIO (Comprendiendo.) Emilia... ¡perdón! ¡perdón!...

EMILIA Ahora ya puedes repetir tú la frase... ahora ya comprenderás que mi herida no está cicatrizada...

JULIO Recuerdo sí... que te ofendí... pero las palabras se me han olvidado...

EMILIA Yo te ayudaré á recordarlas por letras... Tus palabras quedaron bien grabadas en mi memoria... me decías... que con una mujer como yo...

JULIO ¡Oh... calla... calla!

EMILIA (Resistiéndose.) Que con una mujer como yo... cualquier hombre puede aspirar á todo...

JULIO ¡Emilia... perdóname... perdóname! No sabía entonces lo que decía... borraría esas palabras si pudiera... sea disculpa mi locura... bien comprendo que un hombre de honor no debe decir eso á una mujer como tú...

EMILIA ¿Comprendes ahora que sangre todavía mi herida? Yo al oirte debí marchar para siempre y arrancar de mi corazón un amor que después de tus palabras era deshonroso.

JULIO Yo haré que lo olvides... Si aceptas mi arre-

pentimiento y mi amor yo te juro que mi ternura de siempre te hará olvidar la insensatez de un momento.

ESCENA XVII

DICHOS y DOÑA CARMEN

CAR. (Al entrar.) ¿Véngo á estorbar?

JULIO Al contrario. Un ángel te trae... Mira, Emilia, delante de mi madre, como ante la imagen de un altar quiero ofrecerte mi amor... dila (A doña Carmen.) que si ha perdido una madre tú serás otra madre para ella...

CAR. ¿Quieres ser tú mi hija? (A Emilia.)

EMILIA (Mira á Julio y se arroja en los brazos de doña Carmen.) ¡Madre mía!

ESCENA FINAL

DICHOS, DON HILARIO, LUISA y LUIS

LUISA ¿Qué os pasa?... ¡Llorando!...

CAR. Sí, pero son lágrimas de alegría.

LUISA ¡Ah! (A Luis, comprendiendo) De modo que esperábamos un hermano... y tenemos dos.

EMILIA ¡Luisa!... (Forman grupo.)

HIL. Me comprometo á ser el padrino.

LUIS Si todas las emigraciones tuvieran tan buen fin .. Ahora, las cosas han sucedido como debían suceder. No está bien que en el momento del peligro y de la lucha busquemos á la mujer amada, sino cuando volvemos triunfadores para ofrecerlas nuestros laureles.

JULIO Tienes razón, ahora comprendo que es egoismo querer que el amor sea nuestro compañero de infortunio.

HIL. Bien dicho. Yo también declaro que estaba equivocado de medio á medio. No es extra-

ño... hablo tanto, que el que mucho habla mucho yerra... Y como no quiero que se me quede en el cuerpo la palinodia, les voy á colocar á ustedes el último discursito... ¡El último!... ¡Palabra de honor!

LUIS ¿Discurso ó receta?

HIL. De las dos cosas tiene. Sí, señor. (Tono declamador.) Estoy convencido de que no se debe engañar á nadie; yo pensaba que hacía una mala obra el general que antes de llevar sus soldados al combate les enseñaba un cuartel de inválidos. Ahora veo que eso es lo que debe hacer todo general. No hacer creer á sus soldados se vuelve siempre sano y victorioso, cuando lo más probable es volver con la cabeza rota y tan soldado raso como al partir. Esto es amargo .. pero, ¿cuándo la verdad ha sido dulce?... ¡Ah, señores!... cuánto hubiéramos ganado todos si nos hubieran dado cuando éramos adolescentes, soldados de la vida, lecciones de hospital para que no creyéramos que todo en la tierra eran flores.

LUIS Y todo el campo orégano.

CAR. No lo interrumpas.

HIL. Entiendo también, después de haberlo pensado maduramente, que mis teorías sobre la emigración eran erróneas. España cuando fué grande enviaba sus hijos á sembrar pueblos, por esos mundos, pero entonces nos sobraba vida en el hogar español... estaba bien el ensanchar Castilla, pero hoy, desamparada y pobre, esta triste patria y decaída, los hijos buenos de esta madre sin ventura, antes que á poblar y á enriquecer otras tierras con nuestro trabajo debemos consagrarnos á fortalecerla y levantarla de su ruina, debemos hacer, Emilia, lo que hiciste tú con tu madre, no abandonarla por nada ni por nadie, asistirla en sus dolores, acompañarla en sus tristezas, y si llegara la hora de su muerte, ¡que sean sus hijos quienes piadosamente cierren sus ojos!... He dicho.

Público, si esta inocente
crítica, te halla indulgente
y á su aprobación te inclinas,
no olvides que Benavente
fué el que trajo las gallinas. (Telón.)

FIN DE LA OBRA

Precio: UNA peseta